

Artículo de reflexión / revisión

Ascendiendo con “las kabras” al Cerro Azul de Alfarcito, Chivilme y el Cerro Negro de Tilcara: un aporte femenino al senderismo de montaña en el norte de Argentina

María Constanza Ceruti

UCASAL – CONICET - ANCBA

E-mail: constanza_ceruti@yahoo.com

Recibido: 16/11/2024; Aceptado: 22/06/2025; Publicado: 15/07/2025

Resumen

El presente trabajo aborda el tema del montañismo/senderismo femenino como práctica recreativa a través de la documentación etnográfica de ascensiones colectivas a montes y cerros de las provincias de Jujuy y Salta (Norte de Argentina), organizadas por un grupo de senderismo de la ciudad de Salta denominado “Las Kabras”. Basado en la observación participante durante ascensos al cerro Azul de Alfarcito, Chivilme y cerro Negro de Tilcara, el presente análisis se enriquece con el aporte de testimonios espontáneos de caminantes y lugareños, tomando en consideración aspectos de la sacralidad del paisaje, las vivencias de los participantes, algunas prácticas devocionales incorporadas a la actividad y el papel de las redes sociales en el reforzamiento de un fenómeno singular, que ha popularizado el montañismo femenino, contribuyendo a remover tabúes enquistados en el entorno socio-cultural y deportivo de la ciudad de Salta.

Palabras clave: montañismo femenino; movilidades sagradas; devociones populares; Salta.

Ascending with “Las Kabras” to Cerro Azul in Alfarcito, Chivilme and Cerro Negro de Tilcara: a female contribution to mountain hiking in northern Argentina

Abstract

This paper addresses the issue of female mountaineering/hiking as a recreational practice through the ethnographic documentation of collective ascents to mountains and hills in the provinces of Jujuy and Salta (North of Argentina), organized by a hiking group from Salta city called “Las Kabras” (the Female Goats). Based on participant observation during ascents to Cerro Azul de Alfarcito, Chivilme and Cerro Negro de Tilcara, this analysis is enriched with the contribution of spontaneous testimonies from hikers and locals, and takes into consideration aspects of the sacredness of the landscape, emotional experiences of the participants, devotional practices incorporated into the activity and the role of social networks in reinforcing a phenomenon that popularizes female mountaineering, removing entrenched taboos in the socio-cultural and sports environment of the city of Salta.

Keywords: female mountaineering; sacre movildity; popular religiosity; Salta.

1. Introducción

“Tira al monte y no hay cabrero que la guarde” (refrán popular).

En investigaciones antropológicas iniciadas hace tres décadas, procuro abordar la dimensión simbólica y los usos sociales en torno a las montañas, concebidas como espacios sagrados y emblemáticos, cuya apropiación física contribuye al reforzamiento de las identidades y las religiosidades locales. Los aportes a la antropología de montañas sagradas suman numerosas publicaciones científicas basadas en centenares de ascensos a cadenas montañosas y picos de distintas partes del mundo, gracias a invitaciones académicas recibidas de universidades extranjeras. Mis libros y artículos abordan casos personalmente estudiados en los Alpes, Pirineos, Andes, Himalayas, Rocallosas y Escandinavia; así como en montañas de Australia, Tailandia y Polinesia y archipiélagos volcánicos del Pacífico y el Atlántico (Galápagos, Madeira, Canarias, Azores, Islandia, entre otros) (Ceruti 2022).

En particular, las investigaciones iniciadas en el campo de la arqueología de alta montaña andina me impulsaron a ascender, con fines exploratorios, a más de cien montañas con cumbres que superan los 5000 metros de altitud (Ceruti 1999). En una expedición codirigida en el año 1999 con Johan Reinhard, antropólogo norteamericano y explorador de National Geographic Society, obtuvimos inesperadamente un Record Mundial Guinness por el descubrimiento arqueológico a mayor altura en la historia mundial: el de las momias de los tres niños de época Inca que pusimos a resguardo en la cima del volcán Lullaillo, en Salta (Ceruti 2015).

A fines del siglo XX compartí memorables ascensiones en montañas del norte argentino con Adriana Escobar, una de las poquísimas mujeres salteñas a quien no amedrentaban los tabúes que rodeaban a una práctica percibida, en el imaginario colectivo local, como inherentemente “masculina”. En otras oportunidades iba acompañada por varones integrantes de algún club de andinismo local; pero más de una vez, a falta de voluntarios, me vi obligada a realizar ascensiones en solitario.

Cuando inicié mis investigaciones en altura a mediados de los años noventa, el montañismo femenino en el norte de Argentina quedaba circunscripto -en gran medida, salvo honrosas excepciones- a las ascensiones que realizábamos a cumbres de la cordillera oriental y volcanes de la puna con fines de prospección científica. El contexto era algo diferente en el centro y sur del país, donde el andinismo deportivo era asiduamente practicado por mujeres; aunque tratándose siempre de una actividad mayoritariamente masculina.

Si bien el móvil de mis actividades en alta montaña ha sido primordialmente científico, la magnitud de la tarea desarrollada y su carácter pionero han dejado huella también en el ámbito del montañismo deportivo; tal como se desprende de algunos premios recibidos a lo largo de los años. La vasta experiencia de campo obtenida durante un cuarto de siglo motivó que fuera distinguida en 2022 con el Premio Federico Reichert al Andinismo Científico, otorgado por la Cátedra de Historia y Filosofía de la Geología, de la Universidad Nacional de Salta. Ya en el año 2000 había sido condecorada con el Cóndor Dorado del Ejército Argentino, una de las máximas distinciones “por aptitud especial en montaña”, nunca antes otorgada a una mujer en la historia de Argentina.

En 1997 gané el Premio Montañista del Año del Gobierno de Salta, en virtud de las más de 27 ascensiones completadas exitosamente durante ese año a cumbres de más de 5000 metros, que incluían escaladas técnicas en la Cordillera Real de Bolivia, el volcán Cotopaxi en Ecuador y el monte Aconcagua. La distinción causó no poca conmoción en el medio local, por haberle “arrebato los honores” a un montañista salteño de amplia trayectoria. Para mi (nada grata) sorpresa, más de un escalador local dejó de saludarme. Tiempo después escuché que se habían implementado categorías “separadas” en la competencia provincial -hombres por un lado y mujeres por otro-, tal vez para impedir que volviese a producirse una derrota masculina en similares circunstancias. El exiguo número de concursantes femeninas a lo largo de los años determinó que eventualmente volvieran a unirse las categorías; pero las mujeres andinistas “victoriosas” siguieron escaseando -cuando no brillando por su ausencia-; aunque en años recientes han llegado a implementar inusuales premios “compartidos”.

Estudiosas de las contribuciones femeninas al deporte argentino, Garton e Hijós sostienen que: *“El ámbito deportivo sigue manteniendo barreras y generando debates y conflictos en torno a la participación plena de las mujeres en los deportes. Asimismo, el “ingreso” de las mujeres sobre todo a deportes tradicionalmente “de hombres” desafía esta construcción social de género, y, por lo tanto, las deportistas se ven enfrentadas no sólo con obstáculos institucionales, socioculturales y económicos, sino también con marginalización y estigmatización sociales”* (Garton e Hijós 2018: 25).

En Mayo de 2013 dicté una conferencia en Salta sobre “La Mujer y la Montaña”, en la que analicé algunos aspectos relativos al montañismo femenino y los discursos que se entretajan en torno dicha práctica; además de abordar la impronta de la mujer en el patrimonio intangible de altura, plasmada en leyendas que remiten a diosas de los volcanes, Pachamama, etc. Reflexioné asimismo acerca del caso de la doncella y la niña del Llullaillaco, que constituyen una prueba insoslayable de la presencia de la mujer en los entornos más extremos de la alta montaña andina, hace medio milenio. Dos meses después se lanzó en Salta el proyecto “Mujer Montaña”, encabezado por la periodista y andinista, Griselda Moreno. Dicha iniciativa creció y se internacionalizó en la última década, contribuyendo a la promoción y profesionalización del montañismo femenino en el norte argentino y en otros países andinos.

2. Materiales y métodos

La mujer y su papel en el desarrollo del andinismo en el norte de nuestro país no ha sido objeto de estudio sistemático, a excepción de aportes realizados por José Herminio Hernández, montañista residente en Mendoza, quien dirigió hace años la Escuela Militar de Montaña y es autor de numerosos libros especializados (Hernández 2013) y Jorge González, andinista residente en la provincia de Córdoba y autor de varios libros, entre ellos uno dedicado a la Historia del Montañismo Argentino (González 2010). Al día de hoy, el acceso deportivo o recreativo de la mujer a los entornos de montaña en el norte argentino no ha merecido suficiente atención en la discusión antropológica.

La presente contribución procura arrojar luz sobre el tema del acceso recreativo de mujeres salteñas a la montaña, proponiendo como caso de estudio el grupo de senderismo “Las Kabras”, creado hace alrededor de diez años. La tarea de campo se basa en sucesivas ascensiones a las que fui invitada, a

los cerros Azul, Chivilme y Negro de Tilcara. El montañismo/senderismo femenino no es analizado aquí en su faz deportiva o competitiva; sino como una práctica social rápidamente extendida en un sector de la población urbana salteña -mujeres profesionales y empresarias-, en un contexto social marcadamente conservador, donde años atrás el acceso femenino a las cumbres era algo prácticamente "impensado". Este primer acercamiento al tema procura abrir camino para futuras investigaciones sobre mujeres montañistas y senderistas en entornos urbanos y rurales del norte de Argentina.

3. Resultados

3.1. Ascenso al Cerro Azul

El 9 de Julio de 2022 fui invitada a compartir una ascensión al Cerro Azul, una montaña de 4.200 metros de altura situada al sur del paraje de Alfarcito, en el corazón de la Quebrada del Toro, que forma parte de los Andes orientales de Salta. Patricia, una docente e integrante del grupo Las Kabras, pasó a buscarme a las 6:30 am y fuimos juntas hasta la casa de Silvia, otra amiga suya, a quien yo no conocía. Tras un breve saludo, y apenas subidas al vehículo, la conductora se persignó y nos invitó a rezar el rosario, de modo que el viaje hasta el punto de reunión transcurrió entre padrenuestros y avemarías respondidos con premura.

Llegamos a la entrada de un conocido barrio cerrado salteño, aún en plena oscuridad. Media docena de vehículos ya estaban allí congregados, mientras una veintena de mujeres vestidas con ropa deportiva se saludaban efusivamente. Rosario Frías, la organizadora del trekking -una mujer atlética y afable de unos cuarenta años- me recibió muy amablemente y me asignó a una camioneta donde había lugar. Me apresuré a pagar el módico costo de la actividad, que según me explicaron, cubriría el guiado y también la contratación de un seguro.

A lo largo de la jornada me informé acerca de la historia de este inusual grupo de trekking integrado en su mayoría por mujeres salteñas, que contaba entonces con alrededor de doscientos miembros. Supe que su formación surgió naturalmente como extensión de las salidas a la montaña que Rosario venía organizando previamente para grupos de "trail-running". La iniciativa pretendía ofrecer experiencias de acercamiento a la naturaleza más accesibles para mujeres que no fuesen corredoras.

Prácticamente todas las participantes entrevistadas coincidían en que el senderismo, al que dedicaban sus fines de semana, entró en sus vidas "a causa de la pandemia". Las restricciones a la movilidad durante los confinamientos de 2020 y 2021 no impactaron tan estrictamente en Salta como en otras ciudades de Argentina; pero sí quedaron prohibidas las reuniones en lugares cerrados. En consecuencia, algunas mujeres salteñas encontraron en las caminatas agrestes la vía de escape para una sociabilidad tradicionalmente intensa y coyunturalmente reprimida.

La camioneta que me llevó hasta el paraje de Alfarcito era conducida por Alicia, una amabilísima empresaria salteña. Tras recorrer unos 80 kilómetros disfrutando del magnífico y colorido paisaje de la Quebrada del Toro bajo la luz de la mañana, llegamos a Alfarcito, un caserío precario a unos 2600 msnm. Décadas atrás desempeñaba allí una encomiable obra misionera el ahora difunto Padre Chifri, un sacerdote que sufrió un accidente de parapentismo y a quien la parálisis física no detuvo en sus esfuerzos por elevar la calidad de vida de las comunidades rurales salteñas.

Prosiguiendo algunos kilómetros por una huella para vehículos apenas transitable, llegamos hasta un pintoresco cementerio andino, situado a casi 3000 metros, en medio de una planicie fluvial, que tiene al Cerro Azul como telón de fondo (Figura 1). Allí quedarían los vehículos hasta nuestro regreso. Con temperaturas debajo de cero grados, todos nos apuramos a abrigarnos con gorros de lana, camperas y guantes, además de colocar algo de líquido y comida en las mochilas.

Mi presencia no pasó desapercibida, como persona nueva en un grupo donde aparentemente todos ya se conocían. En respuesta a algunas miradas curiosas, la organizadora de la caminata me presentó brevemente como la descubridora de las momias de los niños del Llullaillaco. Manifesté que me encontraba muy feliz de retomar la actividad de montaña, pero a la vez un poco preocupada por mi rendimiento físico, después de tantos meses de forzado encierro urbano en Buenos Aires.

La marcha de seis kilómetros hasta la cima del cerro Azul se inició pasadas las 9 am, avanzando ordenadamente por el lecho seco de un arroyo, en un paisaje ornado por gigantescos cardones. Me preocupaban un poco unas pequeñas nubes que comenzaban a congregarse sobre los picos más elevados de la zona y que parecían anticipar la formación de una tormenta de viento.

Sucesivos descansos fueron indicados por la coordinadora, o a pedido de los participantes. Se hicieron breves paradas para “ir al baño” o para quitarse el abrigo, a medida que el sol de mediodía ahuyentaba el frío de las alturas andinas.

Tras hora y media de caminata, nos detuvimos frente a un antiguo “corral de llamas”, junto a las ruinas de una pequeña vivienda de paredes de piedra y techo de torta colapsado, en la que algunos tirantes de madera de cardón aparecían todavía *in situ*. La arquitectura, de planta rectangular y piedras semi-canteadas, exhibía rasgos de probable filiación incaica, tratándose de una zona con presencia de ocupaciones prehispánicas (incluyendo la extensa ciudadela de Tastil).

En este punto, dos amigas que caminaban juntas prefirieron no continuar, debido al cansancio. La organizadora de la marcha las invitó a quedarse en el lugar hasta que el resto del grupo descendiera y volviera a re-encontrarlas. Dejó con ellas un “walkie-talkie”, para poder mantener la comunicación.

La quebrada fue enangostándose y empinándose progresivamente, aunque el sendero continuaba medianamente marcado, hasta perderse en un pastizal debajo de un portezuelo en altura. Desde allí, en algo más de media hora de avance por una suave dorsal rocosa, llegamos a la cima del cerro Azul, coronada por una cruz de madera erigida sobre una estructura cuadrangular de apariencia antigua, formada en su base por grandes bloques de piedra, sobre los cuales se disponían guijarros de menor tamaño, apilados a modo de apacheta (Figura 2). En la cruz de la madera se leía una inscripción que rezaba, paradójicamente: “Cerro Colorado”.

La cumbre ofrecía un espacio bastante plano, con una hermosa vista panorámica hacia diversas altas montañas de los Andes orientales que eran sagradas en tiempos de los Incas, principalmente el nevado de Chañi, situado a varios kilómetros en dirección al norte, sobre la blanca extensión de las Salinas Grandes (Ceruti 1999).

Alcancé la cima del cerro Azul alrededor de las 12:30 horas junto a un joven montañista que entrenaba para inminentes ascensiones en alta montaña (en pocas semanas viajaría a los Himalayas un grupo de andinistas locales, que fueron homenajeados públicamente durante la celebración de la “Semana

del Montañismo en Salta”). Minutos después alcanzó la cima una joven andinista que dedicó bastante atención en acicalar su apariencia a fin de tomarse algunas selfies para compartir en las redes sociales. Al rato fueron llegando un puñado de “Kabras” de mayor edad, incluyendo la organizadora de la marcha, cuya proverbial resistencia física había sido puesta a prueba en esta ascensión, a consecuencia de una bronquitis contraída el fin de semana anterior.

Logré tomar algunas fotografías de la cruz y apacheta en las alturas del cerro Azul justo antes de que comenzara a soplar un fortísimo viento (como suele suceder en los altos Andes casi todas las tardes). Las ráfagas volvían cada vez más complicado el proceso de tomar selfies y filmar cortos videos; actividades que otras participantes se esforzaban por cumplimentar rigurosamente, pese a las condiciones adversas. Cuando la velocidad del viento prácticamente impedía permanecer de pie, algunas ascensionistas se refugiaron en la apacheta, buscando protección contra los embates de “huayra” (Figura 3).

Alrededor de las 14 horas, Rosario dio la orden para descender. Tanto los jóvenes andinistas como las senderistas de mayor edad supieron desenvolverse con destreza, avanzando de costado, con las piernas flexionadas y apoyándose fuertemente en bastones de trekking, para evitar ser desestabilizadas por el viento durante la retirada.

Tres cuartas partes del grupo no “hizo cima” sino que se detuvo en el abra o portezuelo, doscientos metros debajo de la cumbre. Allí nos re-encontramos con una veintena de compañeros, que se protegían del viento acurrucados contra la ladera de la montaña. La guía preguntó como se sentían y hubo entre los senderistas alguna mención a sintomatología leve compatible con mal agudo de montaña (dolor de cabeza, somnolencia, ligeras nauseas); pero en general todos manifestaban encontrarse más o menos bien. El descanso fue aprovechado para comer las viandas para el almuerzo, sazonadas con una inevitable dosis de arenilla.

Posteriormente se desarrolló una improvisada ceremonia por el Día de la Independencia, en la que los participantes cantaron a viva voz el Himno Nacional Argentino (Figura 4). Acto seguido, se inició el descenso, mucho menos organizado que la subida, durante el cual cada uno marchaba a su propio ritmo. Al ingresar nuevamente en la angosta quebrada, el menor impacto del viento permitió retomar la conversación, y me encontré respondiendo numerosas preguntas sobre mis investigaciones arqueológicas en alta montaña y el estudio de las momias del Llullaillaco.

Las dos caminantes que habían prometido aguardar el regreso del resto del grupo no se encontraban en el punto de reunión. Una breve comunicación por walkie-talkies reveló que, molestas por el fuerte viento, se habían puesto a caminar en busca de los vehículos y se habían desorientado. Visiblemente preocupada, la organizadora del trekking les dio instrucciones para buscar puntos de referencia en el paisaje (torres de alta tensión, antenas). Eventualmente, los andinistas más jóvenes optaron por ascender rápidamente a algunos morros vecinos para tener una visual más amplia. Lograron así ubicar a las caminantes perdidas y guiarlas hasta las camionetas.

Dada la imprevista demora se optó por obviar el tradicional y festivo “tercer tiempo” planeado para una pizzeria del poblado rural de Campo Quijano y se acordó regresar directamente a la ciudad de Salta. Antes de despedirnos del grupo, un profesor universitario que participaba asiduamente en

estos trekkings se acercó con una cámara "go-pro" y fue registrando impresiones de los participantes, que se manifestaron muy muy contentos por el éxito de la salida.

Aquella noche felicité a la organizadora de Kabras a través de un mensaje de whatsapp. La misiva fue respondida muy afectuosamente, con una invitación a volver a caminar con el grupo el fin de semana siguiente, a una cascada en las Yungas de San Lorenzo. Dos semanas después llegó la invitación para subir a otro atractivo monte salteño.

3.2. *Ascenso al Cerro Chivilme*

El cerro Chivilme se yergue 2235 metros sobre el nivel del mar, en el centro del valle de Lerma (Figura 5). Las formas puntiagudas de este macizo llaman la atención a quienes lo observan desde las alturas del renombrado y turístico cerro San Bernardo, que domina la ciudad capital de la provincia, a unos 40 kilómetros a vuelo de pájaro (véase Ceruti 2013). Chivilme se encuentra ubicado en la boca de Escoipe, una quebrada que une el valle de Lerma con el sector norte del valle Calchaquí, a través de la escénica Cuesta del Obispo, pasando por el portezuelo meridional del monte Malcante. Dicha quebrada, flanqueada por coloridos farallones, se encuentra atravesada por tramos de vialidad incaica bastante bien conservados.

A los pies del macizo de Chivilme, a unos 1200 metros sobre el nivel del mar discurre la angosta quebrada de Tilián, un área de densa vegetación de yungas atravesada por un cristalino arroyo. Allí comienza la ascensión, por una senda apenas marcada entre el sotobosque e infinidad de grandes árboles, cubiertos de abundantes epífitas conocidas como "barbas de anciano". A través de un zig-zag bastante empinado se alcanza el lomo de uno de los contrafuertes del macizo. El sendero avanza cresteando el filo en dirección ascendente, pasando cerca de vistosos farallones rocosos donde nidifican cóndores.

En esta oportunidad el grupo de Las Kabras estaba integrado, no solamente por la veintena de asiduas caminantes de mediana edad, sino también por varias parejas y grupos de adolescentes afectos a la montaña. Entre los treinta y tantos participantes se destacaba, por su joven edad y desenvoltura, una niña de apenas once años, que ya había acompañado a su madre en otras caminatas a los cerros de la zona. Conversé extensamente con una médica, madre de hijos adolescentes, que comentó que le resultaba grato sumarse a las salidas de Las Kabras ya que su marido "no se preocupaba tanto" cuando ella iba con este grupo, integrado principalmente por mujeres.

Al pasar por un pequeño bosquecillo, la organizadora invitó a los participantes a un descanso, para desabrigarse e hidratarse, en lo que anticipaba ser una jornada soleada y bastante calurosa. A solicitud de una de las participantes, realicé una pequeña ceremonia de "pedido de permiso a la montaña", depositando una barrita de chocolate junto a una piedra, tal como lo hago habitualmente en mis ascensiones, ya sean deportivas o científicas. Casi inmediatamente, al dejar atrás el bosque, dos majestuosos cóndores sobrevolaron sobre nuestras cabezas durante largos minutos, en un despliegue bastante inusual, que algunos de los presentes describieron como "un regalo de Pachamama" -y hasta interpretaron como consecuencia lógica (o más bien mágica) de la pequeña ceremonia realizada minutos antes-.

La senda avanzaba entre altos pastizales, virando hacia el sur y ofreciendo una fantástica vista del Dique San Roque y su embalse. El cruce de los pastizales llegó acompañado de multitud de

garrapatas, que podían ser observadas a simple vista trepando por las piernas de algunas senderistas. Yo había tomado la precaución de llevar dos pares de medias e insertar las botamangas entre ambos, por lo que sobreviví indemne al ataque. No solamente las garrapatas resultaban preocupantes sino también los llamados “piques”, que a veces requieren ser removidos quirúrgicamente; como sucedió a una integrante de Las Kabras, quien con frecuencia y buen humor recordaba el incidente.

Un último tramo de ascenso, algo más empinado, nos acercó a la cima del cerro Chivilme, una extensa y angosta cresta rocosa cubierta de pastizales, señalada por un hito geográfico y una pequeña apacheta. Del apilamiento de piedras sobresalía un llamativo elemento metálico que parecía ser parte de un avión. En las entrevistas realizadas a los pies del cerro, los lugareños me hablaron de un accidente aéreo ocurrido hace algunas décadas y comentaron acerca de improvisadas incursiones al lugar del siniestro para recolectar piezas, y que *“la gente de la zona tiene pedazos del avión en sus casas”*.

El clima agradable y las fantásticas vistas hacia la cordillera oriental invitaron a una prolongada permanencia en la cima del Chivilme y a largas sesiones de fotos “junto al precipicio” (Figura 6), mientras la mayoría almorzaba las viandas transportadas en las mochilas. También se organizaron fotos grupales luciendo adrede las camisetas naranjas que llevan el distintivo logo del grupo, consistente en la figura estilizada de una cabra de largos cuernos, erguida de pie sobre una abrupta cima (Figura 7). Dicho logo suele encontrarse también en calcomanías adhesivas que permiten identificar a los vehículos integrantes de las caravanas que avanzan hacia alguna montaña de destino.

El descenso demandó aproximadamente tres horas, entre conversaciones animadas y paisajes admirables (Figura 8). Fue necesario desandar completamente el sendero de casi ocho kilómetros que une la cima del Chivilme con la base del cerro.

En el camping de la Quebrada de Tilián conversé con un anciano poblador andino que se desempeña como cuidador. Don Colque me contó acerca de la presencia de arte rupestre en la zona y se explayó acerca de la ocasional bajada de condores que se acercan a beber. Dice que después de tomar agua *“quedan muy gordos y pesados”* y no pueden emprender el vuelo, por lo que suelen ser vistos posados en bloques rocosos que emergen del arroyo.

En un sector particularmente angosto y escénico de la Quebrada de Tilián, sobre una repisa natural de rocas rojizas, a unos cuatro metros por encima del nivel del agua, se encuentra emplazada una pequeña gruta con una imagen de la Virgen, a la que se accede a través de una frágil escalera metálica (Figura 9). La imagen es venerada a través de la depositación de flores, exvotos y demás ofrendas, las cuales han sido colocadas también en repisas rocosas más accesibles, inmediatamente al costado del arroyo. La ermita de la Virgen fue diligentemente visitada por casi todos los participantes de la caminata, si bien ninguno se animó a ascender la dudosa escalera que llevaba hasta la parte alta de la repisa.

La excursión al cerro Chivilme culminó con un entretenido “tercer tiempo”, devorando sabrosas empanadas salteñas en una pulpería del histórico poblado de Chicoana. Aproveché la oportunidad para recorrer la plaza y visitar una vez más la iglesia colonial, donde en Semana Santa se realiza una pintoresca escenificación de la Pasión de Cristo. La trascendencia y seriedad que las representaciones pascuales conservan en el imaginario de los lugareños se revela con un interesante dato anecdótico:

aparentemente, hasta no hace mucho tiempo, el infortunado poblador que accedía a encarnar a Judas se exponía a ser vilipendiado por sus vecinos durante el resto del año.

3.3. Ascenso y travesía en el Cerro Negro de Tilcara.

El cerro Negro es una cumbre de 3100 metros que corona el cordón serrano situado inmediatamente al este del poblado de Tilcara, en el corazón de la Quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy (Figura 10). A mediados de los años noventa realicé un ascenso en solitario a la cima del cerro Negro en ocasión de celebrarse el solsticio de invierno. Al llegar a una precumbre participé de una ceremonia de "Inti Raymi" encabezada por un reconocido activista de la cultura andina local.

El 14 de Agosto de 2022 el grupo de Las Kabras encaró un ascenso y travesía al cerro Negro de Tilcara. Acompañando a la coordinadora salteña lideró la caminata Patricio, un corredor profesional y guía de trekking originario de la Sierra de Hornocal. Participaron alrededor de cuarenta caminantes, ya que varias de las integrantes habituales del grupo se encontraban acompañadas por sus maridos, tratándose de un fin de semana "largo" -con feriado el día lunes-.

La actividad comenzó al amanecer del Domingo con una sesión de calentamiento y ejercicios gimnásticos en plena plaza del pueblo. El ascenso se inició en los límites orientales de Tilcara, por la vertiente occidental del cerro Negro, siguiendo una senda labrada en zig-zag calzada por tramos -de probable antigüedad prehispánica y posible filiación incaica-. La ascensión demandó aproximadamente dos horas, marchando a un paso lento y sostenido (Figura 11), que el guía local marcaba teniendo en cuenta la menor cantidad de oxígeno disponible a estas alturas. Una vez alcanzado el filo se realizó un descanso de aproximadamente media hora.

Otras dos o tres horas serían necesarias para completar el cresteo del cerro Negro, desde el portezuelo norte hasta la cumbre principal y en suave descenso hacia el sur. En este tramo se avanzó sobre una ancha dorsal cumbre de lajas oscuras, tapizadas de pequeños cardones y vegetación xerófila, cuyas espinas se clavaban inmisericordemente en el calzado de quienes llevaban zapatillas en lugar de botas.

Fotos varias fueron tomadas en distintos puntos escénicos de la senda, en el portezuelo norte y en la cumbre. El proceso se completaba habitualmente en pocos segundos, pero en algunos casos llevaba largos minutos, mientras algunas caminantes posaban imitando gestos de jovencitas "influencers" de instagram -situación que inevitablemente acarrea demoras a quienes marchaban por detrás-. Algunas fotos tenían por objeto la promoción de Las Kabras como grupo de senderismo (y en ese caso se invitaba a posar solamente a quienes llevaran la camiseta naranja con el logo del grupo). Videos cortos, de tipo humorístico, también fueron filmados "para subir a tik-tok" en los que las participantes compartían una breve coreografía de baile, u otra actividad colectiva.

En la cumbre del cerro Negro fotografié una apacheta de medianas dimensiones, con algunas botellas y otros elementos dejados como ofrendas. La apacheta se levanta junto a una antena y un panel solar, en el punto más prominente del cordón serrano, desde donde se disfruta de una magnífica vista sobre el colorido fondo de la Quebrada de Humahuaca. Inmediatamente detrás del cerro Negro y superando los 4600 msnm, el cerro Zucho domina el primer cordón de la Serranía de Tilcara y se despliega como telón de fondo del famoso Pucará. En un ascenso al cerro Zucho en los años noventa, había constatado que se encuentra también coronado por una grande y antigua apacheta (Ceruti

1999). En tanto que el lejano cerro Naranjo sobrepasa los 5000 metros y vigila el paso en dirección a los valles orientales y Calilegua.

Patricio ofreció una interesante explicación acerca de la geografía de la zona, orientada a enriquecer el aspecto educativo de la caminata. Yo señalé el nevado de Chañi, una de las más importantes montañas sagradas de los Incas, y me referí a las sucesivas ascensiones realizadas personalmente a la cumbre principal desde mediados de los años noventa. También indiqué el recorrido de las sendas por las que centenares de pobladores peregrinan en Semana Santa al santuario del Abra de Punta Corral y al cerro Sixilera (véase Ceruti 2013).

A continuación se realizó un pequeño ritual, añadiendo piedritas en la apacheta del cerro Negro para pedir permiso, retomar fuerzas y dar gracias por el exitoso ascenso. Participó una parte del grupo (mientras otros integrantes “tiktokeaban”). Al momento de depositar los *kintus* de hojas de coca aparecieron dos condores que sobrevolaron graciosamente la montaña, en un gesto que se interpretó como “una bienvenida de los Apus”. Una de las integrantes de Kabras trajo consigo una pequeña imagen de la Virgen María, que también fue depositada ritualmente en la apacheta (Figura 12).

Transcurrida una hora y media en la cima, se inició la segunda etapa de la caminata. Durante la travesía por la extensa dorsal que forma la cresta del cerro Negro, pasamos por debajo de otro promontorio de gran visibilidad y continuamos el avance en dirección al sur. En la parte superior de la precumbre meridional identifiqué otra apacheta, un poco más pequeña, que había sido el escenario donde participé de una ceremonia de Inti Raymi con pobladores locales a fines de los años noventa.

Antes de alcanzar el lugar donde se levanta un conjunto de antenas de comunicación, el sendero recobra visibilidad y desciende en forma abrupta por la vertiente oriental de la serranía (Figura 13). En el punto cerca de la base donde se retoma el camino vehicular de ripio que conduce al hotel Casa Colorada, vimos pasar a un poblador “vallisto” que descendía a pie, acompañado por una mula carguera.

El regreso a Tilcara requiere pasar por las inmediaciones de la emblemática Garganta del Diablo, formada en un angosto rocoso por las aguas del río Huasamayo. En total recorrimos 21 kilómetros durante la travesía, superando un desnivel de setecientos metros y volviendo al punto de partida alrededor de las cinco de la tarde.

Aquella jornada se desarrollaba en Tilcara un encuentro sobre Violencia de Género, con participación de senadoras nacionales. Las Warmi -un conjunto musical de mujeres quebradeñas que tocan sikus, bombos, etc.- ensayaban en la plaza detrás del museo. Las Kabras se reunirían nuevamente aquella noche en un restaurante local para compartir la celebración del cumpleaños de una de las integrantes, en el contexto de una “fiesta de disfraces”. Estaba previsto bailar “caporales”, danza afroboliviana característica de las festividades marianas norteñas, que algunas senderistas habían estado ensayando en Salta, bajo la dirección de un profesor de baile. El plan para la antropóloga era un tanto diferente: tras recoger la mochila, me dirigí a la estación de colectivos en busca de algún transporte que me llevara a la Puna, para asistir al “Toreo de la Vincha” que tendría lugar al día siguiente en el poblado de Casabindo.

4. Conclusiones

Años después del surgimiento y consolidación del *trail-running* en el norte argentino, Rosario Frías - una cultora de esta exigente disciplina que se desempeña también como *personal trainer* y profesora de educación física- concibió la iniciativa de organizar caminatas a los cerros que rodean a la ciudad de Salta. El fenómeno de “Las Kabras” remonta sus orígenes a 2017 o 2018 y se vio potenciado durante 2020 y 2021, cuando numerosas residentes salteñas encontraron en el senderismo y el montañismo una vía de escape frente al distanciamiento social y los confinamientos impuestos por alegados motivos sanitarios.

Las caminatas realizadas por las Kabras en Salta ofrecen algunos puntos de comparación con el fenómeno del running, estudiado intensivamente por el antropólogo y corredor marplatense, Gastón Gil. Claramente, el factor de la “velocidad” en el desplazamiento no resulta tan relevante en la práctica del senderismo o montañismo, actividades donde habitualmente no se corre y donde la dificultad de la marcha está signada principalmente por la complejidad del terreno. Sin embargo, al igual que en el running (Gil 2019a: 435), el senderismo “carga de energía emocional” a quienes lo practican y contribuye a cristalizar ideales éticos y estéticos compartidos, operando como estímulo para nuevas experiencias en el terreno y haciendo posible también la autocelebración de trayectorias personales por medio de las redes sociales. Asimismo, la importancia otorgada a las camisetas naranjas como emblemas de pertenencia a Las Kabras se comprende mejor a partir de lo referido en el artículo mencionado *ut-supra*, en el que se analiza también el papel que las “remeras técnicas” y “kits de corredores” juegan en los rituales de ornamentación de los participantes en las carreras.

El senderismo femenino emergente en Salta puede ser conceptualizado como ejemplo de algunos “rituales de interacción” y “nuevas sociabilidades” que Gil analiza en relación con el *running* (Gil 2019b: 106), aunque sin alcanzar un nivel comparable de reflejo en los medios de comunicación. Sin embargo, en el discurso de las Kabras no se escuchan definiciones que identifiquen a la práctica del senderismo como un “estilo de vida”, aspecto que Gil (2018) reporta como asociado al discurso de los *runners*. En mi experiencia de muchos años como residente salteña, el discurso de los andinistas veteranos (en particular de aquellos que nos dedicamos a la alta montaña) incluye, efectivamente, la descripción del montañismo como un “estilo de vida”; pero dicha caracterización no parece aplicarse a las “salidas a los cerros” que las Kabras practican en fines de semana, las cuales no demandan altas exigencias en términos de entrenamiento físico o equipamiento, ni tampoco constituyen obstáculo para una rutina laboral típicamente urbana.

Shipway y sus colaboradores han elaborado cuatro categorías para diferenciar a los corredores según su grado de compromiso emocional, temporal e identitario con la actividad (Shipway et. al 2013). Adaptadas por Gil al estudio del running en Argentina, dichas categorías permiten distinguir a los “outsiders”, los participantes ocasionales, los corredores regulares o recreacionales y los corredores de largas distancias.

En el mundo del senderismo/montañismo del norte de nuestro país podría intentarse una categorización similar, que comprenda a “outsiders” (con interés pero casi sin experiencia en la actividad), caminantes ocasionales, senderistas regulares o recreacionales y montañistas tradicionales. Este marco conceptual permitiría apreciar la importancia de los grupos de senderismo

en la difusión de la actividad en la comunidad, a través de la creciente incorporación de “outsiders” y mediante la regularización de la práctica de caminantes ocasionales. Asimismo, permite caracterizar a una buena parte de las integrantes de Kabras como senderistas regulares o recreacionales, siendo la organizadora de las caminatas una trail-runner profesional. Los jóvenes andinistas que se sumaron circunstancialmente a las ascensiones más exigentes, vendrían a ser “montañistas tradicionales”, categoría también aplicable a la antropóloga autora del presente artículo.

El acercamiento a la naturaleza y “cargarse de energía” son frecuentemente referidos como las principales motivaciones para la práctica del senderismo entre las Kabras. La sociabilidad y la religiosidad aparecen como un factor importante. “*Las chicas me bancan y para mí es una oportunidad de ejercer mi apostolado*”, dice Silvia, una integrante que promueve el rezo del rosario en los viajes y la devoción a la Virgen María en las apachetas cumbreiras.

La montaña y el bosque, en su carácter de espacios “no-domésticos”, han sido valorados como ámbitos en los que la mujer podía desenvolverse históricamente, fuera de la “tutela” masculina. Así lo sugiere la mitología dedicada a Mari, la diosa vasca de los montes, de quien se cuenta que huyó de su marido hacia las cumbres saltando por la ventana con sus ágiles patas de cabra (véase Ceruti 2021; Ortiz y Garagalza 2005). En un contexto tradicionalmente conservador como el de la sociedad salteña, el senderismo de “Las Kabras” parece estar cumpliendo una singular (y tal vez disruptiva) función, como válvula de escape y ámbito para el empoderamiento femenino. Esta hipótesis de trabajo merecería ser investigada en mayor profundidad a futuro.

Al respecto, entre los testimonios recogidos en la presente investigación, resultan de particular interés manifestaciones espontáneas como la de la esposa de un profesional afecto al motociclismo, quien confesaba que las caminatas con “Las Kabras” constituían una alternativa para no sentirse obligada a acompañar a su esposo en las más extenuantes aventuras en dos ruedas. Asimismo, interesa el comentario de otra caminante cuyo marido “autorizaba” su participación en Las Kabras, por tratarse de un grupo de senderismo eminentemente femenino. “*En tiempos de pandemia no se podían subir a instagram las fotos de las caminatas*”, recuerda una de las integrantes, afecta a las redes sociales. La visibilidad en facebook e instagram se interpreta como uno de los móviles para sumarse a las salidas. Lo dicho queda en evidencia a partir de la cantidad de tiempo destinado por algunas integrantes a las fotos y selfies tomadas durante las caminatas; o a la elección de prendas de vestimenta deportiva que se ajusten a los dictados de la moda. En alguna caminata se sumó una joven extranjera, a quien se presentó como “una influencer muy conocida”.

Merece ser destacada una dedicada y sostenida tarea documental realizada por Roberto, profesor universitario y uno de los pocos pero asiduos integrantes masculinos de las Kabras, quien además de acompañar a su mujer en las caminatas se dedica a entrevistar a las participantes en el sendero y filmar los ascensos con una cámara “go-pro”. Confiesa que la tarea de edición de los documentales le lleva tiempo y esfuerzo, pero encuentra el resultado muy gratificante. Dotados de una introducción dedicada a aspectos geográficos y ambientados con selecta música andina, los mini-documentales son compartidos en los grupos de whatsapp de Kabras y subidos a un canal de youtube, donde contribuyen a promover el senderismo y la valoración del patrimonio natural y cultural en la región.

Desde el punto de vista de la geografía “de las movilidades sagradas” (Puglisi y Flores 2022), se advierte que algunos de los cerros ascendidos por Las Kabras se inscriben dentro de un paisaje sacralizado por la actividad religiosa tradicional de los peregrinos andinos. En el caso de Chivilme, el cerro domina espacial y visualmente al sitio arqueológico incaico conocido como Loma Chata (situado en el fondo del valle de Lerma), así como el vecino santuario dedicado al Cristo de Sumalao, que es destino de multitudinaria peregrinación anual por parte de pobladores rurales salteños. Asimismo, el cerro Chivilme queda “protegido” por Malcante, una montaña de más de 5200 msnm que divide el valle de Lerma de los Valles Calchaquíes. La sacralización del paisaje se ve acentuada por la pintoresca Gruta de la Virgen, erigida junto al arroyo de la Quebrada de Tilián.

Enclavado en el corazón de la Quebrada del Toro, el cerro Azul de Alfarcito funciona como un privilegiado mirador hacia importantes montañas sagradas de los Incas, entre las que se cuentan el monte Acay, el nevado General Guemes (o Piedra Sonada) y el nevado de Chañi (Ceruti 1999). Además, el cerro Azul está ubicado a pocos kilómetros del asentamiento prehispánico de Santa Rosa de Tastil. Su cumbre se encuentra activamente sacralizada a través de la superposición de una moderna cruz de madera sobre una apacheta de apariencia antigua, en la cual aún se realizan pequeñas ofrendas con hojas de coca.

El cerro Negro es elegido tradicionalmente por pobladores tilcareños como escenario para la realización de ritos de saludo a la deidad solar Inti durante el solsticio de invierno. Domina visualmente al famoso Pucará de Tilcara y se encuentra en un punto neurálgico de convergencia de sendas de época incaica, que son reutilizadas actualmente como caminos ceremoniales durante las multitudinarias peregrinaciones de Semana Santa a los santuarios del Abra de Punta Corral (al sur) y Sixilera (al norte) (véase Ceruti 2013). Hacia el este se yergue el cerro Zucho y hacia el oeste, el emblemático cerro Cono, también escenario de ritos de Inti Raymi durante el solsticio de Junio (Ceruti 1999).

La sacralidad de la cima del cerro Negro se ve realizada por la presencia de una apacheta intensamente utilizada con propósitos rituales en contextos tradicionales andinos, tal como se infiere de la presencia de botellas de plástico, botellas de vidrio, hojas de coca, etc. A ella se suma la depositación de una pequeña imagen de la Virgen María, por parte de una de las asiduas integrantes de Kabras.

Los trekkings de Las Kabras constituyen valiosas instancias de acercamiento al mundo de la montaña andina y su patrimonio material e intangible (Ingold 2000). Lo dicho es de particular importancia para residentes de Salta, una ciudad cuya identidad ha estado tradicionalmente enraizada en el sustrato cultural hispánico. La eficacia de estas experiencias multiculturales se ve realizada en instancias donde se incorpora la participación de guías locales; cuando los tiempos e itinerarios de las caminatas hacen posible el pernocte en las comunidades, las comidas compartidas con los pobladores y la conversación con los lugareños.

Las experiencias recogidas a nivel individual durante las caminatas con Las Kabras varían en intensidad, de acuerdo a la sensibilidad y las expectativas de cada participante. Agustina Ernst, una escritora salteña que casi nunca falta a las citas “caprinas”, comparte sus impresiones en un breve y emotivo pasaje circulado por Whatsapp:

Caminantes

*Andar por senderos olvidados,
sortear las piedras que impiden avanzar,
sentir el agua fría como bálsamo en los pies cansados.
Disfrutar la brisa que nos refresca.
Luchar contra el viento que no solo golpea sin piedad,
sino que desfigura nuestros rostros.
Respetar al sol que siempre nos acompaña y
descansar bajo las copas de los árboles plenos.
Deleitarnos con el aroma de la tierra pura y agudizar los oídos
para escuchar la naturaleza viva.
Burlar a las horas para poder llegar.
Sentir que nuestra carga se torna más pesada.
Vernos dibujados en las sombras gigantes y sentirnos así.
Contemplar la inmensidad y en silencio agradecer a cada creencia.
Perpetuar los momentos para el tiempo de los recuerdos.
Sentir el corazón henchido por la belleza que nos circunda.
Emocionarnos hasta las lágrimas por vencer nuestros límites mentales.
Y cuando el mar de nubes está a nuestros pies sentirnos “omnipotentes”,
hasta que comienza el descenso.*

En perspectiva diacrónica, teniendo en cuenta las características de la evolución del montañismo femenino en Salta, el fenómeno de Las Kabras merece ser reconocido como un hito. Es importante que los cerros del norte de Argentina estén siendo ascendidos por mujeres de todas las edades y que entre pobladores de la ciudad de Salta esté creciendo el interés por el patrimonio natural y cultural de la montaña andina. “Sin querer, queriendo” las Kabras están desafiando enquistados tabúes, ampliando los límites del montañismo femenino y contribuyendo a que el senderismo se convierta en una práctica mucho más difundida en ámbitos urbanos del norte argentino.

Referencias bibliográficas

Ceruti, María Constanza. 1999. *Cumbres Sagradas del Noroeste argentino*. Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA). Buenos Aires.

Ceruti, María Constanza. 2013. *Procesiones andinas en alta montaña. Peregrinaje a cerros sagrados del Norte de Argentina y del Sur de Perú*. Primera Edición. EUCASA (Editorial Universidad Católica de Salta). Salta. 194 pp.

Ceruti, María Constanza. 2015. *Llullaillaco: Sacrificios y Ofrendas en un Santuario Inca de Alta Montaña*. Edición ampliada y corregida. 408 pp. Mundo Editorial. Salta.

Ceruti, María Constanza. 2021. *Anboto: paisaje y mito en la morada de la diosa vasca de las montañas*. SURANDINO Revista de Humanidades y Cultura. Vol. 2, N° 2, diciembre 2021 pp. 126-140.

Ceruti, Maria Constanza. 2022. High-Altitude Archaeology and the Anthropology of Sacred Mountains: 25 Years of Explorations and Disseminations. En F. Sarmiento, (ed.), *Montology Palimpsest: A Primer of Mountain Geographies. Vol. 1. Series Montology* (pp. 237-249). Springer- Nature/Switzerland.

Garton, Gabriela y Nemesia Hijós. 2018. "‘La deportista moderna’: género, clase y consumo en el fútbol, *running* y *hockey* argentinos". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 30: 23-42. Doi: <https://dx.doi.org/10.7440/antipoda30.2018.02>

Gil, Gastón Julián. 2018. "Deporte y estilos de vida. El *running* en Argentina". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 30: 43-63. Doi: <https://dx.doi.org/10.7440/antipoda30.2018.03>

Gil, Gastón Julián. 2019a. Corredores y Consumidores. Identidad y Estética en el Running en la Argentina Contemporánea. *Revista Cultura y Representaciones Sociales* Vol. 14 (27): 411 - 438. Septiembre 2019. <http://doi.org/10.28965/2019-27-13>

Gil, Gastón Julián. 2019b. Correr y Competir: Rituales de Interacción y Estilo de Vida en el *Running*. *Revista del Museo de Antropología* 12 (1): 105-116. ISSN 1852-060X (impreso) / ISSN 1852-4826 (electrónico). Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. DOI: <http://dx.doi.org/10.31048/1852.4826.v12.n1.22020>

González, Jorge. 2010. *Historia del Montañismo Argentino*. Editorial Palloni. Río Cuarto, Córdoba.

Hernández, José Herminio. 2013. *Ideas y Pensamientos de Montaña*. Edición del autor. Mendoza.

Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment: Essays in Livelihood, Dwelling, and Skill*. Londres y Nueva York: Routledge.

Ortiz Osés, A. y Garagalza, L. (2005). *Mitología Vasca. Todo lo que tiene nombre es*. Donostia / San Sebastián: Editado por la Fundación Kutzka.

Shipway R., I. Holloway, I. Jones (2013). Organisations, practices, actors, and events: Exploring inside the distance running social world. *International Review for the Sociology of Sport*, 48(3): 259–276. DOI: 10.1177/1012690212442135.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.